

Cardenales, poniéndoles siempre delante los inevitables daños que aquella guerra había de traer á la Iglesia y á la fe católica. Tampoco estas últimas diligencias del pío duque tuvieron buen resultado. Logró al principio respuestas evasivas; y al fin desaires y desprecios ¹.

II.

EL MISMO PUNTO.

Reunidas, finalmente, tropas suficientes de infantería, artillería y caballería, se puso al frente de ellas el duque de Alba, quien según marchaba con sus tercios iba venciendo cuantos obstáculos de guerra le oponían los Carrafas, capitanes valientes del ejército del Papa. El cual ejército no tardó mucho en experimentar el valor y formidable acometimiento de los españoles, y como consecuencia ahora de escaramuzas, y ahora de batallas formales comenzó á temer y á replegarse. «Encontráronse los descubridores, dice Cabrera, y escaramuzando cargó el conde de Pópulo los enemigos, y empantanados, prendió al conde Rangone, su alférez y estandarte, casi todos los soldados y de la compañía de Bartolomé del Monte... Salvóse en Roma venturosamente el Cardenal, y el conde fué como victorioso en el ejército saludado.» Con el mismo arrojo caminó el ejército del Rey católico hasta poner cerco al puerto de Ostia,

¹ «El virey de Nápoles, Vicario general de Italia, D. Fernando Alvarez de Toledo, duque de Alba, hizo extraordinarias diligencias para aplacar al Papa, y hasta le ofreció una gruesa suma por los gastos hechos. Escribióle muchas cartas y otras á los Cardenales, protestándoles con mucho acatamiento los daños y escándalos que habían de nacer de la guerra.» *Monarquía de España*, tomo II, lib. 4.º, Ms. de Toledo. Véase también Cabrera en el lib. 2.º, pág. 85, de su *Historia de D. Felipe*, donde se lee que el duque rogó mucho por escrito al Papa que «asentase paz como á la Iglesia convenia i no diese lugar á derramamiento de sangre entre cristianos; porque estaba presto como para tomar las armas para dexarlas, i servir á S. S. en quanto le fuese posible.»

y con ello terror á la ciudad de Roma. Desde luego, y guiados del arte de guerrear, levantaron los sitiadores baluarte formidable, desde el cual, por espacio de siete días combatieron los gruesos muros del puerto, hasta que abrieron brecha, gracias á las medidas acertadas del duque. Dióse el asalto general con arrojo, pero no sin fatigas y pérdidas sensibles. El resultado fué alcanzar nueva y grande victoria ¹.

Alguno empujó entonces al duque vencedor á entrar en Roma por la fuerza; pero su gran cristiandad, el respeto al Vicario de Cristo y la inocencia del pueblo, se lo impidieron. Griten cuanto quieran los ignorantes de la verdadera historia, el saco de Roma en el reinado de D. Felipe el Prudente no tuvo lugar, sino en la imaginación acalorada de los enemigos fieros del Rey. Para testimonio de ello dejó Cabrera, historiador de aquel tiempo, escrito lo que aquí sigue: «Instaban con el de Alba los del Consejo, y más Ascanio de la Corgna en que asaltase á Roma, que no se le daría sino un saquillo á la ligera. El Duque porque se le desharia el ejército enriquecido con la ganancia, y por no dañar los inocentes *no se dexó persuadir*» ². Por donde se ve con toda claridad, cómo el de Alba no quiso, ni permitió que se entrase en Roma para saquearla poco ni mucho. Por consiguiente, no se puede tolerar el oír que Don Felipe II destruyó con sus ejércitos por manera implacable la capital del orbe católico.

Las victorias de los españoles y el continuo desmayar del ejército del Papa infundieron en los ánimos vivos deseos de paz. Los Príncipes eclesiásticos y seglares veían al duque de Alba y á los suyos aproximarse á Roma, precisamente cuando el ejército francés recibía órdenes de abandonar á Italia para acudir sin tardanza al socorro de San Quintín, plaza fortísima

¹ «Mandó el duque asaltar la batería, primero á las compañías de Francisco de Latolfa y Domingo de Máximo, y cinco envió contra la torre quadrada, donde, amparadas de un terrero de los tiros del castillo, avian de acometer en descubriéndose, dándoles calor Vespasiano Gonzaga con las demás..... Afligió á Roma la victoria y asentaron los Carrafas por medio del de Santa Flor con el duque, tregua por veinte dias.» *Luis Cabrera de Córdoba*, lib. 2.º, pág. 103.

² *Historia de Felipe II*, lib. 2.º, cap. 14, pág. 102: Madrid, 1619.

y á la sazón debelada valerosamente por las tropas españolas capitaneadas en persona por el Monarca Prudente. El pueblo de Roma se dividía en mil parcialidades, y surgían por todos lados quejas y lamentos por su mala suerte y desventura. Y el Pontífice, obligado por el peligro, pedía paces, aunque poniendo condiciones imposibles de aceptar. Por lo cual, fingiendo acometida el de Alba sólo con ánimo de intimidar á la ciudad, se acercó á las murallas, adelantándose varios capitanes con orden de no prender á nadie, ni entrar en las casas, ni tomar ropa; y que los de á caballo no se pudiesen apear. Ascanio de la Corgna iba reconociendo el camino, y á 28 de Agosto de 1557 llegaron á poner de noche las escalas en la muralla y ocuparon á Puerta Mayor. Entonces fué cuando el de Alba, como deplorando no encontrar mayores dificultades en la empresa, dijo á Vespasiano Gonzaga aquella frase digna sólo de un guerrero católico y español: «Bien encamina el diablo lo que es en deservicio de Dios»¹.

Con efecto; viéndose sin las tropas francesas, ni esperanza alguna, Paulo IV clamó por la paz; y obtenida facilísimamente del Rey Católico, expidió Breve dirigido al Cardenal Carrafa, su sobrino. El duque de Alba lo aceptó y firmó al momento en nombre de Felipe II. Era aquello tratar España con el Pontífice, y por lo mismo quedaron pronto aceptadas las condiciones que ofreció Su Santidad; esto es, «que diese el Duque la obediencia por el Rey Católico al Pontífice, y Su Beatitud le recibiese en su gracia, le bendixese, y fuese neutral: se le restituyan las tierras desmantelando las fortificaciones, y la una á la otra parte la artillería tomada en esta guerra, no se concediese paso al Duque por las tierras de la Iglesia ni vituallas para seguir á los franceses»². Todas estas condiciones, como es fácil ver, fueron hechas conforme le plugo al Papa; de ma-

¹ Cabrera, lib. 4.º, cap. XI, pág. 167. «A los que llegaron al muro y tomaron á Puerta Mayor, tomó el duque pleito-homenaje, y pidió fé y palabra á los cabos del exercito de que procederían amigablemente; porque lo contrario turbaria á Europa y á su Rey, que le habia escrito con Francisco de Valencia hiciese la paz con el Pontífice con razonables condiciones; porque no queria guerra con la Iglesia.»

² Cabrera, lib. 4.º, cap. XII, págs. 168 y 169,

nera que repitiendo aquí palabras de Salazar de Mendoza, «el vencedor en aquella ocasión se convirtió en vencido; y Felipe II, aunque el juicio de los sabios y canonistas le inspiraban otra cosa, se portó con el Vicario de Cristo como Rey Católico y buen hijo de la Iglesia. El duque de Alba por su parte dió ejemplo al mundo cayendo de rodillas, aunque victorioso, ante la presencia del Sumo Pontífice»¹.

Ni los historiadores españoles contemporáneos de Paulo IV y del Rey Católico se ofrecen solos en el referir que el duque de Alba, ordenándolo D. Felipe, usó de suma clemencia y generosidad para con el pueblo romano y el Sumo Pontífice; porque hasta los mismos escritores italianos de entonces convienen sobre esta verdad. Díganlo sinó las *Relaciones* de Bernardo Navajero, Arzobispo de Verona, quien en muchas páginas de su obra hace responsable de la guerra á Paulo IV, y ofrece como inocente de ella al monarca español. Y el embajador de Venecia, Miguel Soriano, más amigo de su república que de la política española, al demostrar que Felipe II no quería pelear con la Iglesia, da como prueba de ello haber concedido el Rey Católico la paz al Romano Pontífice, precisamente cuando era mayor que nunca su prosperidad, poder y fortuna. Y añade que la capitulación hecha por el de Alba con el Pontífice, fué, no sólo de ningún provecho, sinó desfavorable y de poca honra para España. Porque D. Felipe, que se vió obligado en conciencia á resistir las agresiones de Paulo IV, no buscaba, concediendo la paz, ventajas para la corona, sinó bendiciones y la amistad paternal del Vicario de Jesucristo².

No resta ya decir sobre este punto sinó que entre grande acompañamiento de la corte pontificia, salvas del castillo de Santo Angelo y plácemes generales, entró en Roma el duque de Alba, siendo recibido por el Sumo Pontífice con muestras pú-

¹ Salazar de Mendoza, *Monarquía*, tomo II, libro 4.º

² «Si é potuto vedere per lo accordo fatto col Pontefice in tempo apunto che il Re era in maggior prosperita di fortuna che fosse giamai, et per la capitulatione con Jonara si bene era cosi poco onorevole.» Relazione del clarissimo M. Michele Soriano, ambagiatore ritornato de Filippo re di Spagna. Existe copia manuscrita de esta obra en la biblioteca del Cabildo de Toledo.

blicas de gratitud y amor, y manifestando pena de haber provocado aquella guerra. Convidó á su mesa al victorioso general, y desde entonces viéronse de nuevo reanudados y aún más estrechos que antes los lazos amistosos entre el Papa y el Rey Prudente. Al punto salieron de las prisiones el Arzobispo Colonna, el abad Bricenio, Juan Antonio de Tasis, monseñor Hipólito Capiluco, Garcilaso de la Vega, Pirro de Lofredo y cuantos por amor á España habían sufrido daños y persecución en la guerra.

El Pontífice no cesaba de mostrar al Duque deferencias y agradecimiento «por el cuidado piadoso y reverente que tuvo de no dañar la Santa Ciudad, pidiéndole además no cargase al ejército de los franceses que habían venido á su servicio y tornaban llamados á su patria.» Cabrera escribe que «Paulo IV trató de allí adelante las cosas del Rey católico con paternal afición, arrepentido de aver causado las calamidades pasadas, á punto de ser mayores, si el ánimo de D. Felipe no inclinara más á escudarse contra violencias, que á venganzas»¹.

Por lo dicho hasta aquí con referencia á los historiadores citados del siglo XVI, queda bien declarado que no hubo entonces entrada hostil ni saqueo de Roma, ni mucho menos órdenes del Rey católico para ello.

¹ «Con grande aplauso y acompañamiento de la Corte, general placer, salva del castillo y luminaria de la ciudad fué recibido el Duque, y de Paulo con mucha onra y amor, loando sus hechos, prudencia y persona, afirmando le pesaba de averle tenido por enemigo.» Luis Cabrera de Córdoba, libro 4.º, cap. XII, pág. 170: Madrid, 1619.



CAPITULO X.

I.

EL PRÍNCIPE D. CARLOS.

No era propósito mío tratar del Príncipe D. Carlos en el presente escrito; mas por cuanto los enemigos fieros del Rey D. Felipe acumulan incesantemente y sin razón calumnias, llamándole aún hoy mismo asesino de su propio hijo, no estará demás repetir también una y otra vez que el Rey católico no intentó jamás acabar la vida de Don Carlos. Nació este Príncipe en Valladolid á 8 de Julio de 1545. Dióle á luz su madre Doña María, Infanta de Portugal, en parto laborioso y de muchos dolores¹. El Cardenal Tavera, Arzobispo de Toledo, designado para bautizarle, murió poco antes de este suceso; y en su lugar hizolo solemnemente Siliceo, maestro de D. Felipe, y en aquella fecha Obispo de Cartagena. Desde sus primeros años el Príncipe D. Carlos mostró, al parecer, indicios de ferocidad y malas inclinaciones. Si merece crédito la *Relación* de Tiépolo al Senado de Venecia, no hay duda sinó que el regio infante, no solamente mordía, sinó que magullaba los pechos de las nodrizas, y en tal manera, que

¹ En carta de D. Felipe al Emperador su padre, fecha en Valladolid á 9 de Julio de 1545, se lee lo que sigue: «La Princesa continuó su preñado con salud, hasta que ayer, á media noche, plugo á Nuestro Señor alumbrarla con bien de un hijo, y aunque tuvo el parto trabajoso, porque duró cerca de dos horas, ha quedado muy buena.» *Colección de Documentos inéditos para la Historia de España*, tomo XXVI, página 467.